

*Confía, hijo; tus pecados están ya perdonados*¹. Necesita además, de una fuerza que no encuentra dentro de sí mismo, de una fuerza, digámoslo así, de ascensión hacia lo alto; pero ¡de qué fuerza! Tan enorme ha de ser como lo es la distancia que tiene que recorrer para llegar al término de su destino. ¡Ah! ¡qué ventura, hermanos míos! Este término no queda más abajo del cielo: está por encima de todas las celestes esferas, porque está en la región adonde subió Jesús, nuestro Salvador². Y ¿quién, sino el mismo Jesús, luz del mundo³, nos ha dado el conocimiento cierto de la alteza de gloria y felicidad á que estamos realmente destinados?⁴ Gracias á Jesús conocemos con toda la certeza de una fe que descansa en la palabra de Dios, cuáles son las verdaderas postrimerías del hombre, cuál su fin último y destino perdurable. El cielo, con su plenitud de bienes, y el infierno, con su eternidad de tormentos, he ahí el paradero inevitable del peregrino sobre la tierra que, al hacer la jornada de la eternidad, se labra, con sus manos, ó la inmarcesible corona de la gloria, ó la cadena de eterna esclavitud. Fuera de la luminosa enseñanza cristiana no hay sino tinieblas, más ó menos densas, acerca de nuestra suerte de ultratumba. Preguntad á la escuela filosófica y científica dominante el día de hoy en los centros intelectuales emancipados de la fe: ¿qué hay de la vida futura? ¿qué será del espíritu humano después de la muerte? ¿adónde irá á proseguir su carrera, si ésta no termina con la disolución de la materia á que estuvo unido? ¿Qué os responderán los sabios

¹ Matth. 9, 2.

² Qui ascendens super omnes coelos (Eccl. in Præf. Miss. Pentec.).

³ Ego sum lux mundi (Io. 8, 12).

⁴ Non sunt condignæ... quæ revelabitur in nobis (Rom. 8, 18).

que el mundo adora como oráculos? Un helado «¿quién sabe?», una desgarradora negación, un desconsolador encogerse de hombros, un desvergonzado «poco nos importa». ¡Oh vana y mentirosa ciencia! ¡qué poco vales para hacer al hombre dichoso! ¡qué estéril eres para la salvación!

11. Desestimado el cielo por el moderno sensualismo, natural es que se desprecie la gracia. Pero tan cierto como es aquél, tan necesaria es ésta para conseguirlo. Sin el poder de ascensión que da la gracia, no hay medio de subir al reino eterno de la bienaventuranza. Toda la Escritura así lo afirma. Jesucristo, que nos muestra el cielo como el reino de su conquista, es el único que puede franquearnos la entrada y brindarnos asientos al lado de su trono. Decían temblando los Apóstoles á su Maestro: *¿Quién, pues, podrá salvarse?* Y Jesús les respondía con estas formales palabras: *Esto para los hombres es un imposible; no lo es, empero, para Dios*¹. ¿Lo habéis oído, hombres que pretendéis no necesitar de la gracia para alcanzar la eterna bienaventuranza? El hombre no puede salvarse por solos sus propios esfuerzos, el hombre tiene necesidad de un Salvador, y éste no es otro que Jesús. *Apareció*, dice el Apóstol, *la benignidad de Dios hecho hombre para salvarnos, no ya por los méritos de nuestras buenas obras, sino por obra de su misericordia*². Y, como es necesaria la gracia de Jesucristo para la gloria, así lo es también para la práctica de la verdadera virtud, para ejecutar obras meritorias de vida eterna en la presencia de Dios. *Sin mí nada podéis hacer*, dicenós Jesucristo³; nada, reflexiona San Agustín, absolutamente nada que valga para

¹ Marc. 10, 27.

² Tit. 3, 4 sq.

³ Io. 15, 5.

la salvación. No existe, pues, otro nombre debajo del cielo en el cual podamos ser salvos, fuera del nombre augusto y glorioso de Jesús. ¡Desgraciado el que no lo invoque! ¡desgraciado el que lo olvide, y más aún el que lo condene al desprecio! ¿Qué diré del impío que lo blasfema? ¿qué, del que abiertamente le hace guerra? Ya decía el Precursor de Cristo: *El que no cree en el Hijo de Dios, no verá la vida, antes bien atraerá sobre sí la indignación divina*¹. ¿Qué otra cosa, en efecto, ha acontecido al pueblo judío? ¿No pesa sobre él la cólera de Dios? *Ira Dei manet super eum*. ¿Qué otra cosa está pasando el día de hoy á los pueblos y naciones apóstatas que han borrado de su pabellón el nombre de Jesús? ¿no se siente pasar sobre ellos el soplo de fuego de la ira del Omnipotente?

12. Débese, en fin, al nombre de Jesús, todo el bien incalculable hecho durante diez y nueve siglos en el mundo cristiano. Por este nombre sometieron los Apóstoles las naciones paganas al suave yugo de la fe, por él arrojaron á los demonios de los cuerpos y de las almas, conforme á la promesa del mismo Jesucristo: *En mi nombre arrojarán á los demonios*². ¿Cuál fué la misión de San Pablo sino la de llevar á todas partes el nombre de Jesús³. Ni es otro el encargo confiado á la Iglesia para toda la serie de los siglos, y desempeñado fidelísimamente por medio de los sucesores de los primeros Apóstoles, por los Pontífices romanos, por los Prelados y Doctores católicos, por los insignes misioneros, por todo el clero secular y regular. La Compañía á quien Jesús legó su nombre, como prenda de

¹ Io. 3, 36.² Marc. 16, 17.³ Ut portet nomen meum... (Act. 9, 15).

singular amor y protección, ha participado copiosamente de la gloria que irradia del nombre de Jesús escrito en su bandera. Ignacio, Javier, Pedro Claver y otros cien héroes consagraron su vida á la mayor gloria del santo nombre de Jesús. Centenares de mártires jesuitas tuvieron á gloria derramar su sangre, después de haber agotado sus sudores, para que el nombre de Jesús no fuese afrentado á la faz de las naciones idólatras ó heréticas. Millares de hijos de Ignacio se afanan hoy, esparcidos por toda la redondez de la tierra, en dilatar de mil modos la honra y gloria del nombre de su divino Capitán, armado el brazo contra todo linaje de adversarios, combatiendo en toda arena con las armas de la fe, de la ciencia y de la caridad. Empero, si algunos triunfos ha podido obtener este abnegado escuadrón de la Iglesia, no han sido ciertamente resultado de su valor ni de su táctica, sino del favor que le dispensa el divino Jefe que lo conduce á la victoria. La Compañía levanta el día de hoy la voz para decir, agradecida á su Dueño amabilísimo y profundamente humillada en su presencia: *¡No á nosotros, Señor, no á nosotros sino á tu nombre sea dada la gloria! Non nobis, Domine, non nobis!*¹

II.

13. La cuestión de la salvación del hombre está resuelta por la virtud del nombre sobre todo nombre en el terreno del orden sobrenatural, de lo eterno. Réstanos resolverla en el orden de lo temporal, que acaso preocupa á innumerables almas más de lo que fuera preciso, siendo así que *una sola cosa es necesaria*².

¹ Ps. 113, 1.² Luc. 10, 42.

Démosle, sin embargo, al interés de la vida presente, al problema de la felicidad social, toda la importancia que hoy se quiere darle, y veamos cómo se enlaza también estrecha y necesariamente con la gloria del nombre de Jesús. Porque no hay otro, debajo del cielo, en cuya virtud pueda salvarse la humana sociedad. ¡Pobre sociedad, herida de muerte, convulsa, amenazada á cada instante de hundirte en el abismo! ¿Te acuerdas del caos de confusión y envilecimiento de que te sacó el Salvador hace cosa de diez y nueve siglos? ¿No te hallabas en aquel entonces malamente constituida, hondamente perturbada y extenuada tan completamente de fuerza moral que agonizabas, ó conservabas apenas una sombra de vida? Y el día de hoy ¿cómo te encuentras? ¿no se asemeja mucho tu estado presente al de los tiempos paganos? ¿Qué dice la anarquía en lucha abierta con la autoridad? ¿la licencia, con la moral pública y privada? ¿el ateísmo, con la religión? ¿el error, con la verdad? ¿la materia, con el espíritu? Invóquense en hora buena tantos falsos Mesías como vaya trayendo el viento de la moda: todos esos Pseudo-Cristos no bastarán á salvar la sociedad. *Guardaos de creerles*¹, decía Jesucristo; no os fiéis de los que os dijeren: *Aquí está el Salvador*, mostrándoos ya un hombre, ya un proyecto, ya una idea.... No la salvará sino Jesús, ya por el poder de que es dueño; ya por la eficacia de las ideas que su nombre simboliza, dos puntos sobre los cuales os ruego fijéis, siquiera someramente, vuestra atención.

14. Las ideas salvadoras de la sociedad civil, aquellas que han de vivificar el cuerpo social, no son sino las ideas de paz, orden y progreso humano, encarnadas

¹ Matth. 24, 23.

en las instituciones y costumbres públicas. Pero estas ideas, eminentemente cristianas, no se forman ni se desarrollan ni viven sino por el influjo del nombre de Jesús. No las engendra el trabajo material, ni la vulgar ilustración, ni aun la más sabia legislación, como no tenga por base el cristianismo, porque todos estos elementos no bastan para crear el espíritu que ha de dar vida á la sociedad, pudiendo aquí también afirmarse: *El espíritu es el que da la vida*¹. Para dar cimiento sólido á la paz pública es preciso, después de procurar al individuo la paz y tranquilidad de su interior, arraigar profundamente en el pueblo la verdadera noción de la *autoridad* y el consiguiente acatamiento que se le debe como á institución divina, superior á todo capricho y convención humana; que sólo así podrán enfrenarse eficaz y suavemente las tendencias subversivas que tienen en perenne alarma á las naciones. Para mantener el orden en toda su extensión, no sólo en lo exterior, sino mucho más en las íntimas relaciones de la vida social, no bastan las bayonetas ni el Argos de la policía; es menester, más que todo medio de coerción, implantar hondamente en las conciencias el respeto á todos los derechos individuales, las ideas prácticas de justicia y, mejor aún, de caridad, tales como Jesucristo las ha enseñado al mundo, y la Iglesia las recalca con su incansable predicación á ricos y pobres, sabios é ignorantes, grandes y pequeños. Justicia y caridad cristianas: he aquí lo que se necesita para redimir á la sociedad de universal é infalible cataclismo. Justicia y caridad: he aquí lo que hoy le hace falta, porque ha renegado de su único Salvador, Jesucristo. ¿Cómo puede progresar

¹ Io. 6, 64.

sólida y verdaderamente olvidando que Jesús es el camino, la verdad y la vida¹? Para el progreso verdadero, tan decantado por los modernos sectarios socialistas, no para el progreso vertiginoso y ciego que todo lo trastorna y va á parar en definitiva á la barbarie barnizada de civilización, es preciso empezar por el único verdadero punto de partida del movimiento humano, Dios, y fijar bien el término final del mismo movimiento, Dios también, porque Él ha dicho: *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin*²; y porque, errado el principio y el fin, el progreso es imposible. No lo entienden así los llamados pensadores del siglo, los cuales, como anunció el Profeta, *no invocaron en su auxilio á Dios*³, y por eso *temblaron donde no había motivo de temer*. Ahora, pues, aprended, jefes de los pueblos, á buscar apoyo, luz y acierto en el derecho divino, en el reinado de Jesucristo, cuya suprema autoridad debéis también vosotros acatar, y hacer que la acate el mundo entero.

15. Porque, además de simbolizar el nombre de Jesús todas las ideas salvadoras de la sociedad, sólo Él, con su poder de Salvador, puede arrancarla del abismo. *Dado se me ha toda potestad en el cielo y en la tierra*⁴. Y de este poder viene hoy revestido para salvar á las naciones: *ad salvandas gentes*. Apenas nacido en el portal de Belén, anuncióse por los ángeles su aparición en el mundo como el advenimiento de la paz, resonando el himno triunfal del Rey pacífico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax!*⁵ No bastándole á la tierra la paz octaviana, dada por Augusto, necesitaba la paz de Jesucristo, infinitamente más sólida, estable y verdadera. Y

¹ Io. 14, 6.² Apoc. 1, 8.³ Ps. 13, 5.⁴ Matth. 28, 18.⁵ Luc. 2, 14.

esta paz, aliada natural de la justicia y de la libertad bien entendida, compañera inseparable del progreso, fué la que tomó posesión de la tierra, según estaba profetizado por David: *Nacerá en sus días la Justicia y la abundancia de la paz*¹. Donde el nombre de Jesús no ha brillado aún, ó, más bien, donde se han cerrado los ojos á la luz de este nombre más refulgente que mil soles, ni ha florecido la paz ni ha conocido el hombre las vías del progreso, que allí, á despecho de cierto adelanto material, no impera la civilización sino la barbarie feroz y degradante, teniendo todavía envuelta en sombras de muerte las dos terceras partes de la decaída humanidad. Tal es la suerte del Asia corrompida: tal podría ser la nuestra.

16. ¡Ah! ¡qué insensatez tan incomprensible, cristianos, ésta en que va cayendo el mundo culto, el mundo civilizado y enaltecido por la fe de Jesucristo! ¡Pretende nada menos que alejar de sus fronteras el nombre de su Salvador! De tres siglos á esta parte la sociedad, atacada de vértigo y enajenación mental, ha abierto campaña gigantesca contra el cielo, contra el Señor y su Cristo², pugnando por sacudir el yugo de su natural y legítima dependencia. ¿Qué otra cosa ensayó el protestantismo del siglo décimosexto? ¿qué otro objeto persiguió el filosofismo del siglo décimooctavo? ¿qué se propuso la grande y sanguinaria Revolución de fines del mismo siglo? Y en el día ¿qué envuelve el liberalismo, ya bastante desenmascarado, sino la guerra á Cristo Jesús y á su reino místico, la Iglesia? Empeñada está la sociedad política, como el imberbe adolescente que ya no sufre la patria potestad, en sustraerse entera

¹ Ps. 71, 7.² Ps. 2, 2.

y absolutamente al influjo de la autoridad religiosa, como si el hombre en alguna condición posible fuese dueño de sacudir el yugo de la moral y del deber sin abdicar la propia dignidad y envilecerse. Pretende el Estado separarse para siempre de la Iglesia, esto es, de la enseñanza y del gobierno de Jesús, luz del mundo y guía universal del género humano. Insiste en que ha de salvarse por sí solo; que para ello se cree fuerte, no obstante el escarmiento de su debilidad é impotencia. Pero, hablando de buena fe: ¿puede el hombre salvarse por sí mismo? ¿puede la sociedad salvarse con sólo sus esfuerzos? ¿No existe ya, pues, la Providencia? ¿Abdicó Dios su derecho de gobernar los mundos que sostiene con uno de sus dedos? ¿Cabe mayor locura y presunción que baladronear con el impío de antaño: *Somos dueños de nuestra boca y de nuestro pensamiento: ¿quién es el señor nuestro?*¹ ¡Desgraciados los que olvidan que Jesús ha pronunciado su sentencia, sentencia de esterilidad, para todos los que le abandonan! *Sin mí nada podéis hacer*². Jesús es el Padre del siglo venidero: *Pater futuri sæculi*, como profetizó Isaías³. ¡Quiéralo así Dios! ¡Y que el siglo veinte, desengañado de la locura del nuestro empeñado en resistir á la divina ordenación, se arroje á los pies de su amoroso Salvador, ó, mejor dicho, en sus brazos, fiándole su salvación y su felicidad! ¡Brille el nombre de Jesús en todas las esferas, en el santuario de las leyes, lo mismo que en el santuario donde se ofrece incienso á la Divinidad, en el templo de la ciencia como en el de la oración, en el hogar y en el foro, en la sociedad y en la conciencia! *Sanctificetur nomen tuum!* ¡Glorificado sea tu nombre dulce y santo,

¹ Ps. 11, 5.² Io. 15, 5.³ Is. 9, 6.

¡oh Jesús! único Salvador del hombre y de la sociedad! Éstos son nuestros más ardientes deseos; esto anhela tu amada Compañía; ésta es la plegaria de nuestro corazón en este día en que la Iglesia, tu immaculada Esposa y Madre nuestra, se enorgullece con la gloria de tu nombre, más ilustre que cuantos registra la historia de la tierra y brillan con letras de oro, como estrellas en el espacio, en los fastos del cielo. Póstranse al sonar del nombre de Jesús los cielos, la tierra y los abismos infernales, y confiese toda lengua que Jesús es el único Salvador de todas las criaturas, del hombre y del ángel, que por Él se perdona el pecado, se alcanza la gracia y se asciende á la gloria donde Él mismo, sentado á la diestra de Dios Padre¹, vive y reina por siglos y eternidades. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS,

(predicado en Medellín [Colombia], 1893).

La divinidad de Jesucristo.

Donavit illi nomen quod est super omne nomen.

Dióle Dios un nombre que está por encima de todo nombre.

Phil. 2, 9.

1. En este día, amados fieles, en que la Iglesia celebra la Circuncisión del Señor, al octavo día de nacido, día en que le fué impuesto el nombre de Jesús, la Compañía destinada visiblemente por Dios desde hace tres siglos para llevar á tantos pueblos y naciones la gloria

¹ Col. 3, 1.